

Prólogo del traductor

María de las Nieves, de Renée Seillé-Aubac, es un relato novelado de la vida en la primera mitad del siglo xx de los habitantes del caserío de Montgarri, también conocido como “Cases deth Dossau”. Relato en que la protagonista, María de las Nieves, hija de una de las casas más antiguas y sobresalientes del caserío, la casa Feriba (o Eriba), rememora con nostalgia, aunque también con un sentimiento de liberación, los años pasados en el caserío junto con su familia, los acontecimientos que jalonaron su vida y le dejaron un recuerdo imborrable.

Tal vez será necesario durante la lectura considerar que el relato está basado en la memoria de una niña de doce años, que a su vez transmite también hechos que ha oído contar a sus mayores, factores ambos que pueden llevar a una cierta distorsión de la realidad, ampliada todavía más por los tópicos que sobre España se tenían en la Francia de la época, a los que la autora del relato no es totalmente ajena.

A lo largo del libro, la autora intercala entre los diálogos de los protagonistas y describe con maestría y detalle los paisajes del entorno con un lenguaje poético y extremadamente bello. Contiene párrafos de una gran

emotividad, como cuando describe la definitiva marcha de Montgarri de la familia Feriba en el momento del cerramiento definitivo de la casa.

Destaca también la profundidad en la descripción psicológica de algunas personas como es el caso de tía Anna.

Nos transmite así mismo el conocimiento de una forma de vida hoy desaparecida en nuestras latitudes con referencias a las tradiciones ya las costumbres ancladas en el pasado, con especial incidencia en el papel de la mujer en la sociedad rural de aquella época. El lirismo y la emotividad del relato conducen en alguna ocasión a la exageración y cierta truculencia que por otra parte lo enriquecen.

El propio conocimiento del traductor y los testimonios orales consultados que vivieron en esa época en Montgarri nos llevan a dudar de algunas afirmaciones de la autora en lo referido a la miseria, la exigua vestimenta y la falta de calzado de sus habitantes (se incluyen documentos gráficos incluso anteriores a 1950 que demuestran lo contrario y que con todo respeto a la creación literaria nos permitimos poner de manifiesto). Observamos ciertas exageraciones en las diferencias de altitud de los pueblos citados, Salardú, Bagergue y Vielha respecto a Montgarri. El relato en varias ocasiones sitúa a uno de los protagonistas en Murcia a la que se ubica en Andalucía como si fueran una misma cosa. Al referirse a Montgarri dice que el pueblo (nunca fue tal) se remonta a “la noche de los tiempos” cuando está demostrado documentalmente que las primeras casas datan como máximo del siglo xviii.

Observamos en la toponimia errores, tal como “Lles”, cuando creemos que se refiere a Tredós o Salardú. En uno

de sus párrafos sitúa a Vielha antes que Gessa siguiendo el curso del Garona viniendo de Montgarri. Creemos que debe referirse a Salardú o Tredós.

Al margen de todo lo expuesto y a criterio del traductor, su lectura es un verdadero placer para los amantes de la literatura y del conocimiento del pasado de nuestro valle.

Afortunadamente, las campanas de Montgarri vuelven a difundir su hermoso sonido, al menos dos veces al año, el 2 de julio en la “Pregaria” y el 15 de agosto, fiesta de la Virgen, gracias al impulso de Amics de Montgarri y a la generosidad de los vecinos de Pujòlo.

La publicación de esta traducción no habría sido posible sin la imprescindible colaboración y aliento de Enrique Vidal Vidal y las consideraciones sobre léxico y recomendaciones generalistas fruto de una prelectura por parte de Carmen Estrada Coll, a ambos mi más profundo agradecimiento.

Cenizas bajo la nieve

En una de sus cartas, el gran novelista Henri Bosco me hizo saber confidencialmente su próxima partida a España. Tenía proyectado pasar algún tiempo en una pequeña posada andaluza para evadirse del infernal ruido de la ciudad y reencontrar la calma que exige el trabajo absorbente de un escritor.

—La inspiración solo se desarrolla en el marco de un ambiente tranquilo y bajo un cielo sereno —dijo él.

Por las últimas noticias, he tenido conocimiento que mi correspondiente y amigo había ya partido para Andalucía; descansaba en la huerta en medio de campos de naranjos en los alrededores de Sevilla. El nombre lleno de poesía de la modesta Hacienda Nuestra Señora de la Luz me hacía soñar.

Releyendo sus novelas, me doy cuenta en efecto de que solo describimos bien lo que hemos visto u oído contar por el interesado. Bosco es el amante de la verdad; siente la necesidad de estar en el lugar para registrar y extirpar hasta sus raíces la sustancia más preciosa de su inspiración. Yo siento como él, desde siempre, un amor inmortal por la tierra española. Cuando se vive a algunos

kilómetros de sus fronteras, la atracción de la península se torna irresistible.

En este día claro y puro de finales de otoño, la casualidad me condujo a un rincón salvaje y delicioso del Valle de Arán, a dos pasos de la aduana española donde un camino bastante malo me arrastra a ciegas lejos de cualquier población con mi grande y confortable caravana. A la orilla de un bosque de robles y hayas discurre un torrente que desciende al fondo de una garganta profunda desde lo alto de los macizos de nieves eternas. La canción del agua corriendo da más encanto a la soledad; he dicho que buscaba la calma de un lugar aislado para librarme a mi pasión de escribir.

El cambio sería completo, si no hubiera tenido que llevar conmigo para estas pequeñas vacaciones al aire libre a mi joven sirvienta y a mi perro, mis dos compañeros de las horas solitarias en la ciudad y en el transcurso de mis paseos dominicales. Mi pequeña e intrépida sirvienta tiene exactamente la edad de reír y de cantar para alegrarme con su presencia; ella sabe muy bien también hablar o callarse, cualidad muy apreciable para la salvajilla que soy yo.

Instalada a la sombra, bajo el sobradillo de mi casa móvil, delante de mi mesa, imagino ideas relativas de mi “territorio de caza” a la sombra de los matorrales, bajo el arco iris que traza en arco el agua burbujeante del torrente Noguera que el viento que baja de las cimas dispersa por el aire a nuestro alrededor. Miles de diamantes se posan sobre el tallo de los helechos y sobre las hojas todavía vírgenes desplegadas ante mí.

En la pradera en flor, las últimas mariposas, embriagadas del sol, se dejan caer como hojas muertas; las grandes y magníficas mariposas de montaña atraídas por el agua, la miosotis salvaje y la genciana azul, habrán acabado su corta vida antes de la noche: flores delicadas de las montañas y crisálidas apenas eclosionadas.

Las variaciones de temperatura son muy duras para estas joyas tan frágiles del otoño.

Un riachuelo sin duda cansado de hacer rodar sus aguas sobre las rocas y aspirando a la libertad, se ha escapado del lecho de su madre, el Noguera, para abrirse un camino en el terciopelo de la pradera por la que se desliza sin ruido sobre un fondo de arena pizarrosa. Atraviesa “nuestro prado”, se disimula entre dos setos de avellanos y de saúcos; los collares de coral de la cuscuta trepan hasta el más alto de los resalvos y descienden para mirarse en el agua clara que apenas oímos murmurar sobre las piedras. Allí donde el riachuelo llega a tierra española, algunos pescadores venidos de Francia, muy temprano, esta mañana, interrumpen nuestra quietud. Nuestro perro va a alertar con sus ladridos a las truchas de fino oído, lo que no gusta nada a mis compatriotas. El pescador ama también el silencio como vos, mi amigo Henri Bosco, que habéis ido a buscarlo en el fondo extremo de España.

La inspiración es lenta en manifestarse. Mi papel está todavía virgen. María de Neiges, en español “de las Nieves”, a la que yo llamo simplemente Marinette, acaba de disponer a algunos pasos, sobre el velador de mimbre, un magnífico ramo de campanillas y de gladiolos salvajes que ha recogido al borde del riachuelo.

—¿Puedo servirle su mate, señora? —dijo ella arreglando las flores en un vaso rústico.

—Sí, Marinette, muy bien, mi cabeza está demasiado colmada de ideas, estoy muy distraída en la contemplación de este bello paisaje para desbrozar todo lo que tengo ganas de escribir; el mate tal vez esclarecerá mi espíritu.

La joven me volvió la espalda y fijó intensamente su mirada en los márgenes escarpados del Noguera, el hermoso torrente salvaje de donde se escapa el arroyo que serpentea a través de “nuestra pradera”.

El agua tumultuosa desciende de los picos, siempre cubiertos de nieves eternas, casi en vertical a tres mil metros por encima del valle. Marinette de pronto se puso frente a mí y, con voz trémula en la que yo adiviné una sombra de tristeza, me hizo conocedora de que ese arroyo atravesaba el pequeño pueblo donde ella nació, en el límite de los glaciares y el cielo.

—Si yo supiera decir las cosas como usted, señora, contaría cómo pasé ahí abajo mi infancia y cuánto fue penosa la vida que conocieron mis antepasados en sus casas colgadas en las rocas. Me gustaría mucho que usted escribiera todo lo que recuerdo todavía, usted haría una bella y terrible historia, una verdadera novela, y los que están todavía en este mundo podrán testimoniarlo. Es la historia de lo que pasó antes de mi nacimiento, así como durante mi infancia, que no he olvidado.

”Imagine, señora, la vida de una aldea de una docena de casas, con los tejados de paja, apretadas las unas contra las otras a dos mil quinientos metros de altitud, donde

los niños hormiguan como conejos en la madriguera y llevan una vida salvaje, en pleno siglo en el que estamos.

—Bueno —dije yo—, vamos por tu historia, Marinette, te escucho y partamos desde el principio.

La joven se echó sobre la hierba y poniendo la cabeza sobre los codos, reflexionó un momento:

—Antes que nada, debo decirle lo que mi padre y los abuelos de mi padre sabían del nacimiento de nuestro pueblo, esto no es una leyenda, es una verdadera historia consignada en antiguos libros y documentos que explican la creación de Montgarri.

Mientras que los reyes moros hacían construir sus soberbios palacios en todo el sur de España, por sus esclavos, vencidos y maltratados, estos no tenían más que un deseo: abandonar a sus crueles señores y correr hacia la libertad.

Partieron, siguiendo los pasos de los ejércitos de los conquistadores que progresaban hacia el norte de Iberia. Los Pirineos pararon su avance; llevaban consigo hermosas jóvenes secuestradas a sus familias durante su paso por los pueblos. El verano florido sobre las cimas ofrecía sus maravillas al pequeño grupo de emigrados a los que el sol ardiente pero engañoso recordaba el de Andalucía, donde, bajo el látigo, construyeron los palacios y las mezquitas que deslumbran todavía hoy a los admiradores de España. Ellos edificaron sus hogares, en esa época, una treintena de refugios de piedra seca: era su primera primavera.

Después como fieles adoradores de Alá construyeron una mezquita cuyo minarete dominaba el pueblo a con-

veniente distancia. Antiguos esclavos o proscritos, amantes de la libertad, tal vez desertores de los ejércitos sarracenos, esos hombres rudos debieron soportar, durante siete meses del año, los sufrimientos de una existencia de las más dolorosas, por los fríos polares. Arrancados por sus señores al continente africano, trasplantados bajo la dulzura del cielo y del clima de Andalucía, muchos perecieron de frío durante su primer invierno en el macizo de la Maladeta. Los más fuertes, resueltos a soportarlo todo para salvaguardar su querida libertad, se aclimataron, transformaron sus casas en verdaderos fortines contra los elementos con paredes de más de dos metros de espesor; sus compañeras nacidas en las rudas planicies de Castilla resistieron. De la mezcla de esas sangres, nació una raza de niños vigorosos.

Las jóvenes cautivas dieron a conocer a sus dueños lo que sabían de la vida bajo el rudo clima al que ellos no estaban acostumbrados; los jefes más audaces, prestos a todo, organizaron razias entre los rebaños abandonados todo el verano en la montaña y “visitaron” los graneros del valle; trajeron mulas y eso fue su primera fortuna. Nacían numerosos niños, pero las tres cuartas partes morían faltos de cuidados. Las generaciones subsistieron a pesar del frío inhumano de las cimas; el número de emigrados se redujo a una docena de familias. El padre de mi padre tenía la reputación de haber sido el hombre más guapo de las montañas del entorno y su hijo heredó esta reputación bien merecida. Las esposas y las jóvenes, dóciles por otra parte, rechazaron adoptar la religión del Profeta, y los tibios musulmanes se separaron poco a poco de su mezquita; la cruz brilló pronto en la cúspide del minare-

te. La vida se organizó, las mujeres vivían en reclusión, obedientes en este aspecto a las leyes del Profeta. Solo los hombres del pueblo tomaron el camino que bajaba al valle; las mujeres no pusieron en él sus pies hasta mucho más tarde.

Usted conoce a mi padre, y también la raza de los moros que nos transmitieron el oscuro color de la piel, los ojos y el cabello negros y una salud de hierro; nadie ahí arriba había bebido más que el agua del Noguera y comido una sobria alimentación; a los hombres les costó mucho aclimatar algunos granos y legumbres que brotaron sobre la tierra, que disputaron metro a metro a las rocas y a la nieve.

En la vertiente de la Bonaigua, en el puerto, la nieve cayó hace ya un mes, podemos apreciar desde aquí las manchas blancas en la cima. Es al otro lado al fondo del valle de Esterri, en el que mi madre nació de padres de pura raza catalana.

Muy pronto colocaron a su hija como camarera en una rica familia de Barcelona. Mi madre era muy guapa, rubia, de ojos azules, y una tez que ha conservado y que ninguno de sus hijos ha heredado. La raza rubia es poco frecuente en España. Ella conservó su timidez y su dulzura desde que dejó a sus padres para seguir a sus señores. Su pena tardó mucho tiempo en apaciguarse. Sus protectores fueron pacientes y comprensivos, trataron de distraerla por todos los medios. Esa gran señora vive todavía a pesar de su avanzada edad y mi madre recibe cartas de ella que la hacen llorar.

Título original en francés: *María de las Nieves*
Texto de Renée Seillé-Aubac
© Editions Privat y Renée Seillé-Aubac, 1971

© del texto: Renée Seillé-Aubac, 1971 (ver declaración de los responsables de la presente traducción al final del libro)
© de la traducción: Antonio Arturo Calbetó Calbetó, 2025
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2025
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Primera edición: agosto de 2025
ISBN: 978-84-19884-90-9
DL: L 488-2025

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S L
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.